Cercanía y confianza, los dos pilares fundamentales de la farmacia rural

Montserrat Iglesias Núñez es farmacéutica en el «último pueblo de Galicia». Lo llaman así porque linda con la frontera del Principado de Asturias. Su nombre oficial es Ribadeo, uno de los destinos turísticos más importantes de la provincia de Lugo, en Galicia. Aquí es donde reside y ejerce su profesión esta gallega de adopción que estudió la carrera en la Universidad Complutense de Madrid.

Cuenta que la vocación apuntaba a Medicina, pero Farmacia terminó siendo el destino definitivo. «Una vez dentro de la carrera me pareció tan completa y con tantas salidas que no pude marcharme», comenta. Luego vino la especialización. «La decisión de trabajar en oficina de farmacia la tomé haciendo las prácticas tuteladas, obligatorias para obtener el título». La experiencia fue tan completa y gratificante que se decidió por esta rama de la profesión: «Esta fue, sin ninguna duda, mi mejor etapa profesional gracias a todos los que estaban en la farmacia donde hice dichas prácticas», recuerda.
El destino, dice ella, es el que la ha llevado a ser propietaria de una farmacia en un lugar tan apartado de sus orígenes, un entorno para el que solo tiene buenas palabras: «Vivir en un medio rural tiene muchísimas ventajas; un paraíso natural que te permite ir andando al trabajo, sin metro ni coches». Si tuviera que ponerle alguna pega esta sería la dificultad para el reciclaje formativo. Y es que, «cuando haces algo, además de trabajar, es mucho más enriquecedor que incluso cuando solo estudiabas la carrera». Le encantaría poder matricularse en 'Análisis clínicos', pero tendría que desplazarse hasta Madrid. «Hago cursos puntuales, pero no es lo mismo», precisa Montserrat.
Si nos centramos más en el día a día de nuestra farmacéutica, el escollo que encontramos en lo que concierte al tema de la formación es que, tal y como comenta, tiene que seleccionar mucho las actividades a las que dedica el tiempo: «Este no es un sitio en el que la gente sea partidaria de la medicina no convencional por lo que descarto, en gran medida, la homeopatía o la medicina natural». Tampoco han tenido mucho éxito sus iniciativas para formar pacientes. No obstante, está «encantada» con el sitio, sobre todo cuando lo que hace que todo merezca la pena es la importante función social del farmacéutico en este entorno.

Función social del farmacéutico

«El farmacéutico rural es, en la mayoría de las ocasiones, la primera consulta de Atención Primaria que hace el paciente; este acude muchas veces a nosotros antes que al médico de familia. Actuamos de filtro, dentro de nuestras posibilidades, algo que el paciente agradece mucho». ¿Y la relación con los médicos del Centro de Salud? Se intuye una sonrisa en Montserrat. «Yo aquí tengo muy buena relación con los médicos y eso es un autentico regalo porque muchas veces se puede trabajar conjuntamente para el beneficio del paciente».
El experimento reciente de la receta electrónica ha servido, dice, para acercar a médicos y farmacéuticos, «al menos, en Ribadeo». El medio rural tiene la gran ventaja del control interno, como dirían en sociología; es decir, todos los habitantes se conocen. «Las farmacias son siempre las mismas, los pacientes también; y hacer un seguimiento farmacoterapéutico es mucho mas fácil en este contexto, lo que es muy beneficioso para la salud publica», precisa Montserrat. «Tú en una ciudad puedes entrar en una farmacia y comentar una dolencia con el farmacéutico pero, a no ser que sea la misma a la que vas continuamente -porque sea al lado de tu trabajo o la del barrio donde vives- el profesional de turno no te va a volver a ver. Aquí, sin embargo, cuando sabemos el problema médico del paciente, al entrar éste por la puerta ya preguntamos cómo sigue».

«Nuestra profesión abarca muchos ámbitos; no somos solo comerciantes. Yo no vivo para vender, desempeño una labor social»

Farmacia rural

La clientela fidelizada puede verse como una de las grandes ventajas de la farmacia rural, pero esta también entra-

ña riesgos que se hacen patentes en el día a día. Montserrat habla del esfuerzo que ha de realizar el profesional para que la confianza que los pacientes depositan en ella no se debilite, un factor que en la farmacia de ciudad pasa más desapercibido. «Antes de llegar a Ribadeo estuve una temporada en Madrid y puedo asegurar que en un pueblo se trabaja a conciencia; no se te permite dormirte en los laureles y puedes perder fácilmente un buen cliente por un descuido. En una ciudad la mayoría de los clientes son de paso, a no ser que sea una farmacia de barrio; en ese caso estaríamos hablando de una farmacia rural más», reflexiona.

Montserrat se siente respaldada por su colegio profesional -el Colegio de Farmacéuticos de Lugo- del que dice «le faltan medios», cuestión que suplen con compromiso y atención en la medida de sus posibilidades.

Liberalización del sector

A la pregunta de qué necesitaría para sentirse más respaldada por las instituciones colegiales, responde que «tal vez se debiera informar más» a la población de la importancia de su labor. «Nuestra profesión abarca muchos ámbitos; no somos solo comerciantes. Yo no vivo para vender, desempeño una labor social. Si un día me doy cuenta de que mi prioridad es hacer caja y no hacer bien mi trabajo sanitario, aun a costa de perder ganancias, habrá llegado el momento de retirarme de esto, tenga la edad que tenga», responde contundente. También señala al Consejo General de Colegios de Farmacéuticos como encargado principal de, según ella, «recuperar todo el prestigio que se ha perdido y recuperar también la esencia de la profesión, sobre todo en el caso de las farmacias rurales, porque se ha dejado escapar mucho de lo bueno que teníamos».Montserrat se refiere a la amenaza de liberalización que, cual espada de Damocles, pende sobre las farmacias de este país. A esto se le añade la actual crisis económica y los últimos recortes que afectan, principalmente, a las boticas rurales. Ya lo anunció Carmen Peña en el pasado Congreso Nacional Farmacéutico, la tercera parte de las farmacias españolas apenas son rentables. Y, por si fuera poco, los resultados de la encuesta presentada por el profesor de Sociología de la Universidad Complutense, José Luis García de la Cruz, informan de que la ciudadanía no percibe a estos profesionales como agentes de referencia del sistema de salud, a pesar de los 2,5 millones de pacientes que se acercan a una farmacia española al día.

Nuestra entrevistada es consciente de este desfase en la percepción global: «Cuando se habla del farmacéutico tenemos verdaderamente mala fama. Desde mi punto de vista, hay profesionales que viven económicamente mejor que nosotros y no se les desprecia tanto. En el caso de las farmacias rurales nadie ve que muchas de ellas tienen turnos de guardia abusivos, por ejemplo», por no hablar de la función de escuchantes, que también comenta. Un escenario privilegiado este en el que Montserrat trabaja, donde el profesional es más consciente que nunca de su valor, pero también de lo sensible de su situación en estos tiempos de crisis. ■

Coordina: Elisa G. McCausland